

LOS RITUALES DE DIONISIO: CINCUENTA AÑOS DE POESÍA EN COLIMA

Rogelio Guedea
University of Otago, New Zeland

Los procesos seguidos por la poesía escrita en (y desde) Colima se han alimentado -en ocasiones en mayor medida que en otras, como de hecho sucede en gran parte de las capitales mexicanas- de los cambios heredados por las corrientes estéticas circunscritas dentro del amplio *corpus* lírico de la lengua española. Si los poetas del siglo XIX en Colima (Severo Campero, Atanasio Orozco, José Carlos Calvillo, Balbino Dávalos, Miguel García Topete, Salvador Orozco, etcétera) trasplantaron a sus escenarios expresivos los dictados impuestos por el romanticismo español (Serrano Álvarez 17), trasunto a su vez nada fiel de los presupuestos románticos franceses y principalmente alemanes, los poetas nacidos a principios del siglo XX colimense (Agustín Santa Cruz, José G. Alcaraz, Ma. del Refugio Morales, Antonio G. Barbosa) corrieron peor suerte porque no lograron siquiera inscribirse de manera modal dentro de las prerrogativas de las vanguardias literarias.¹ Esto es: mientras poetas como Vicente Huidobro (inventor del creacionismo y primer introductor de la vanguardia en Hispanoamérica), Oliverio Girondo, César Vallejo y Pablo Neruda habían desoído (en el sentido de “ruptura” y “continuidad”) los legados del modernismo y posmodernismo (o, para mejor decirlo, los postulados de Rubén Darío y Leopoldo Lugones), y habían integrado en sus espacios ficcionales una nueva signicidad de los contenidos poéticos, en los que la experiencia del lenguaje y la unitariedad o autonomía del poema eran los principios preponderantes, los poetas colimenses de esa misma época

¹ Como puede observarse en las páginas del *Diario Oficial del Estado de Colima (1850-1900)*, en las últimas dos décadas del siglo XIX es notoria la ausencia de actividades artísticas y culturales, esto debido en gran medida al alejamiento en el que se encontraba la provincia de la capital del país, lo que influyó de forma decisiva en el desarrollo de la tradición poética estatal, poco enterada de los cambios estéticos generados en el resto del mundo y de las novedades editoriales que surgían en otras latitudes del país.

permanecieron impertérritos ante estas transfiguraciones y siguieron fomentando en sus vertientes de escritura las atmósferas propias del movimiento romántico: amor por el terruño, acentuado sensualismo, preferencias por estructuras métricas de raigambre clásica (soneto, décimas, octavas reales), añoranza por el tiempo ido, referencias a mitos y escenarios de carácter popular y costumbrista, ambientes exóticos y preciosistas, etcétera (Sánchez y Jáuregui 38). Uno de los factores de peso para que la evolución de la lírica colimense se haya estacionado en estas formas y visiones de lo estético fue, sin duda, el alejamiento no sólo geográfico sino emocional con la capital del país, que a principios de los años veinte o treinta del pasado siglo era notable. Cuando en el centro del país el romanticismo era carta vedada, por ejemplo, en Colima era fervor y revolución, euforia y catarsis. Los poetas de estas generaciones, ninguna fundacional, permanecieron eminentemente como glorias locales, pues su legado no trascendió tampoco dentro de la tradición literaria nacional, al menos no a la altura de un Juan José Tablada o un López Velarde, poetas coyunturales de una nueva visión estética pero también autores portadores del germen de un nuevo enfoque estético continental: el de las vanguardias históricas (Paz 59).

La verdadera historia de la poesía colimense empezará a escribirse treinta años después, más o menos en 1950, período en que dentro de la sensibilidad del territorio hispanoamericano nacerá una corriente expresiva de corte realista, testimonial, autobiográfica y de referentes cotidianos que ligará a poetas como Roberto Fernández Retamar, Juan Gelman, Jaime Sabines, Rosario Castellanos, Nicanor Parra, Ernesto Cardenal, Roque Dalton y Mario Benedetti (Fernández Retamar 140-152), por mencionar sólo a los hispanoamericanos. Esta tendencia, cuyo estigma aún hoy es visible en muchas de las generaciones de poetas actuales, marcará de forma determinante también la estética de los poetas colimenses nacidos en este período y que, para efectos meramente metodológicos, podríamos aglutinar bajo el marbete de Generación del 50: Guillermina Cuevas (1950) Víctor Manuel Cárdenas (1952), Efrén Rodríguez (1957) y Rafael Mesina Polanco (1959), los más relevantes. Así, el salto cualitativo que darían estos poetas con respecto a sus predecesores remite su trascendencia al hecho

HPR/98

de haberse circunscrito en la sensibilidad que imperaba en todo el continente (Kamenszain 18). Las vías de comunicación y de diálogo literario y extraliterario establecidos entre Colima y el centro del país (aunque aún faltan más accesos y canales de correspondencia dialógica) propiciaron las condiciones para que la poesía colimense (y los poetas que la ostentaban) saliera ahora sí de sus límites meramente provincianos (Cárdenas 28-32). La importancia de estos primeros poetas “no clónicos” (todos ellos coordinadores de talleres literarios e impulsores de revistas y suplementos culturales) sería visible en las generaciones posteriores, de ahí que pueda considerárseles fundacionales no tanto de una nueva *sentimentalidad* sino más bien de una forma genuina de apropiación de la tradición lírica, aún regida en su aspecto ético (no así estético, aunque hay una vertiente “vitalista” que los liga a tal movimiento) por las coordenadas del romanticismo. Hago un paréntesis: si se ha dejado a propósito de lado nombres como el de Octavio Paz, José Lezama Lima, Severo Sarduy, Alí Chumacero, y los ya reconocidos vanguardistas de la línea imaginística y del lenguaje (Milán 78), no ha sido por desorden de sistema sino porque no serán sus postulados los que incidirán tan marcadamente en la poética de la generación colimense referida. Lo que permeará (y edificará) la obra de esta promoción será un realismo socialista e impresionista (Víctor Manuel Cárdenas), un ahondamiento de lo sensitivo cotidiano (Efrén Rodríguez), un desbordamiento imaginístico (Rafael Mesina Polanco, tal vez el autor más experimental) y un neoexpresionismo irónico que la mayoría de las veces terminará en una profunda elegía (Guillermina Cuevas). De modo que si conservamos la clasificación aludida por Nietzsche² con respecto a los dos grandes bloques en que se inserta todo artista, sin duda en Colima prevalecerían los cifrados dionisiacos, esto es, una poesía más lírica que pensarosa, más sensorial que irracional,

² Nietzsche adopta de la mitología griega las figuras de Apolo y Dioniso, y los presenta como los dos instintos esenciales que permiten la génesis y el desarrollo de la obra de arte y de la vida misma. Lo apolíneo es el mundo de la belleza, de la inteligencia, en tanto que lo dionisiaco es el impulso vital, el instinto creado, el propio torrente de la vida.

HPR/99

más figurativa que abstracta, más terrestre que etérea, más racional que onírica, más intuitiva que intelectual, y esto, dentro del marco emocional local y nacional, dejará una marca ineludible en la producción creativa de las generaciones posteriores. Será una patente de sangre, un estigma genealógico al que no se podrá renunciar pese a las fuentes tan diversas de las que se alimentará la poesía de esta latitud, ya al acecho de lo ocurrido en otras tradiciones literarias y siempre con una consciente voluntad de estar “al día” en lo concerniente a cuestiones literarias y artísticas en general. De esta primera generación, quizá sea Víctor Manuel Cárdenas el poeta que más influencia haya tenido en la generación ulterior y, asimismo, el que haya desarrollado una poética de mayor radio que el resto de sus compañeros de tripulación. Es importante señalar que la obra de Cárdenas³ ha tenido un desarrollo genuino y no sólo ha crecido estilísticamente sino también en su dimensión poética y humana. En su propio proceso escritural ha habido una rehumanización de su visión del mundo a través de una re-visión de las estructuras de su propio lenguaje y de su particular forma de interpretar el mundo. Del realismo socialista e impresionista de su primera etapa ha pasado (siempre bajo el cifrado experiencial de la palabra) a una cierta metafísica de la naturaleza, donde el contenido de lo enunciado se confronta con una realidad histórica, casi legendaria, lo que no sucede en los planos expresivos de Efrén Rodríguez, Rafael Mesina Polanco o Guillermina Cuevas, quienes seducidos por la realidad más inmediata, han preferido continuar las vías escriturales de la prosa poética o el poema en prosa, todo ello con clara influencia del discurso narrativo, lo que ha re-direccionando el proceso de su propuesta poética inicial, representada con mayores dosis de lirismo.

³ En el ámbito nacional, la poesía de Víctor Manuel Cárdenas tiene correspondencias con la propia Generación del 50, integrada, entre otros, por poetas como Eduardo Hurtado, Efraín Bartolomé, José Luis Sampedro, Ricardo Castillo, José Joaquín Blanco, Víctor Manuel Mendiola, entre otros, quienes conforman a su vez un todo orgánico en diálogo con la sensibilidad de la poesía hispanoamericana posvanguardista, cuyo realismo trascendental será uno de sus rasgos más sobresalientes, es decir, el puente que la ligará a la promoción literaria posterior.

HPR/100

Los poetas de la Generación del 60: Gloria Vergara (1964), Verónica Zamora (1965), Jorge Vega (1966), Alberto Vega Aguayo (1968) y Marco Jáuregui (1968), los más genuinos, continuaron los sentidos expresivos de base de la generación anterior, pero, además, añadieron algunos elementos no visibles antes: una apropiación y reinterpretación vitalista de cifrado mítico (Verónica Zamora), una visión profunda y humanizante de la existencialidad (Gloria Vergara), un realismo que abandona lo meramente sensorial para entroncar en los límites de lo metafísico (Alberto Vega Aguayo), una fundición intimista y confesional de lo urbano y de la naturaleza (Jorge Vega) y una economía y tensión de los recursos lingüísticos a la manera de la poesía minimalista o del silencio (Marco Jáuregui). Las dos vertientes de escritura que abrirán nuevas rutas de desarrollo estético más visible creadas por esta misma promoción poética serán fundadas por Verónica Zamora y Jorge Vega. Dos antagónicos: un contrapunto. Mientras Verónica Zamora liba los conceptos subyacentes dentro de los referentes mitológicos, claramente de raigambre greco-latina, con los cuales recrea o interpreta su propia realidad, encubriéndola a través de sátiros, náyades, dioses y semidioses, Jorge Vega se vuelca en la realidad diaria, cotidiana, para dotarla de un significado distinto sin requerir la creación de un nuevo lenguaje, tal como sucede con la “poesía de la experiencia” en España, cuyos representantes emblemáticos (Luis García Montero, Álvaro Salvador y Javier Egea) pretendieron dotar al poema de un elemento que consideraron imprescindible: la comunicabilidad y el pragmatismo del contenido lírico.

Colima, para este entonces, tiene ya dos suplementos culturales reconocidos a nivel nacional (*Ágora*, de *Diario de Colima*, y *Cartapacios*, de *Ecos de la Costa*), un premio estatal de poesía convocado por el gobierno del Estado, una consolidada Facultad de Letras en la Universidad de Colima, tres importantes librerías (Librería Hidalgo, Librería Venegas y Galería Universitaria), varias revistas culturales (*Cenzontle*, *Barro nuevo*, por mencionar a las más consistentes), algunas vías de publicación (Universidad de Colima e Instituto Colimense de Cultura, hoy convertido en Secretaría) y muchos canales de inmigración libresca y mediática que permitirán estar al tanto

de las últimas noticias culturales suscitadas en el resto del mundo. En este terreno (que se ha ido ensanchando paulatinamente) nacerá la obra de los autores pertenecientes a la Generación del 70: Sergio Briceño González (1970), Avelino Gómez Guzmán (1973) y Nadia Contreras (1976), quienes ahora sí formarán parte integral del panorama poético nacional. Los poetas de esta generación no son, en realidad, rupturistas ni fundacionales de nuevos arquetipos poéticos –pues su obra es incipiente todavía y el tiempo, para este caso, es una condición *sine qua non*-, pero sí, en cambio, han avanzado en su visión del hecho poético y en su postura ética frente al ejercicio creativo: son más individualistas, más cosmopolitas y, por consiguiente, más proclives a reflexionar sobre el acto mismo de la escritura, ingrediente que –junto a la ironía- marcará el devenir de la poesía hispanoamericana de mediados del siglo XX⁴. Al igual que las generaciones precedentes, estos poetas han agregado a la tradición lírica desarrollada en Colima algunos aspectos que antes no aparecían o eran representados de manera intermitente, cada vez más en sintonía con las búsquedas expresivas tanto nacionales como continentales: una celebración límite de lo sensorial cognoscitivo (Sergio Briceño González), una proclividad por el lirismo visionario y plástico (Avelino Gómez Guzmán) y un afán por hacer del fatalismo una razón de existencia (Nadia Contreras). Dividido un espacio de acción, los tres poetas anteriores estarían ubicados tal como aparecen enunciados. Así, en el punto limítrofe estaría Avelino Gómez Guzmán, poeta de una sensible palpitación de lo meramente humano que suele recurrir a la reflexión para alcanzar una relevancia tonal, un color salobre, un aliento versicular, a la manera del poeta norteamericano Walt Whitman. Nadia Contreras, poeta de la existencia o de la existencialidad, ofrece en sus versos una pulsación descarnada, intimista, y una visión

⁴ Después de las vanguardias (o ya implícitamente en las vanguardias) la poesía incorporó dos elementos que antes aparecían de forma periférica o marginal en los espacios poéticos: la ironía y la reflexión sobre el lenguaje poético (metapoesía). Cada vez con mayor insistencia, los poetas posvanguardistas o neovanguardistas hicieron uso de estos recursos poéticos para explorar nuevos campos o territorios de la lírica. Desde México, dos poetas ejemplares en el uso frecuente de estos elementos son Gerardo Deniz y Eduardo Milán.

trágica de la vida, en correspondencia con la visión (y la voz, la tesitura) desolada del Vallejo de los *Poemas humanos*. Su mundo es su cuerpo, su memoria. Por ello, su poesía (generalmente de carácter autobiográfico) se torna familiar, tremendista, expresionista, porque dibuja el rostro de lo trágico y lo percedero, lo que no sucede con la poesía de Sergio Briceño González, poeta agudo, intelectual, paradójico: su poesía es piedra y cincel, instinto y pensamiento, meditación y raptó lírico. Un universo de referencias culturales y vitales urde una expresión que se torna intensa en su ligazón con la realidad de donde nace, pero que al mismo tiempo se deja seducir por los recursos expresivos que la modelan.

Aunque los premios literarios no son indicativos de madurez expresiva ni de verdadero enriquecimiento de una tradición, sí es de subrayar (desde un enfoque meramente sociológico y de recepción literaria) que en esta última promoción no hay un solo poeta que no haya recibido un reconocimiento a su creación y no tenga al menos una publicación en una editorial de prestigio y relevancia nacional. Todos los anteriores, por ejemplo, forman parte de la nómina del Fondo Editorial Tierra Adentro, organismo cuya labor editorial ha sido un filtro sustancial dentro de los procesos de transmisión, divulgación y desarrollo de la tradición literaria joven en México. Sin duda, la nueva hornada de poetas que ya empiezan a mostrar sus producciones en los diferentes medios de la localidad⁵ (Carlos Ramírez Vuelvas -ganador, por ejemplo, del Premio Estatal de Poesía apenas a sus veinte años-, Krishna Naranjo, Yuliana Valle, entre otros-), vendrán a acrecentar los legados poéticos señalados a lo largo de este estudio. Por lo que puede apreciarse casi con miralejos, serán ellos los que realmente radicalicen las vertientes escriturales imperantes y agreguen a sus propios espacios

⁵ Los medios más importantes de la divulgación de la cultura en el estado son los periódicos *Ecos de la Costa* y *Diario de Colima*, que cuentan con un suplemento literario semanal: *Cartapacios* y *Ágora*, respectivamente. Asimismo, han aparecido recientemente una revista literaria, *Ciudad en blanco*, que empieza a decantarse como el medio de difusión más importante de los poetas colimenses más noveles, entre los que se encuentran Carlos Ramírez, Yuliana Valle, Krishna Naranjo, Jaime Obispo, Gabriel Govea, etcétera.

HPR/103

líricos elementos que ya son visibles en sus producciones incipientes: vuelta a la comunión entre pintura y música, entre comunicación y conocimiento, hibridez entre lo real y lo metafísico, incorporación de la cultura de masas, inversión del tópico amoroso (en el caso de la poesía escrita por mujeres), y desacralización de los postulados que en las generaciones precedentes fueron estructuras inobjetables y verdades inamovibles. La obra de los poetas colimenses más jóvenes dará seguramente una vuelta de tuerca real a los postulados estéticos imperantes a los más de cincuenta años de poesía en Colima y tal vez sus propuestas estéticas (que dialogarán ya de forma habitual con las voces poéticas de otras latitudes: es decir, serán contemporáneas de esas mismas voces) tiendan hacia el irracionalismo, el neosimbolismo e incluso hacia una nueva reflexión sobre las potencialidades del lenguaje, elemento éste que ha sido rector de los cambios estéticos históricos y regenerador de un género que se ha ido construyendo a partir de rupturas y continuidades.

Bibliografía

- Cárdenas, Víctor Manuel. "Nuevos poetas de Colima. Brevisima antología". *Contraste* (2003):20-23.
- De Torre, Guillermo. *Historia de las literaturas de vanguardia*. Madrid:Ediciones Guadarrama, 1971.
- Fernández Retamar, Roberto. "Antipoesía y poesía conversacional en América Latina". *Panorama de la actual literatura latinoamericana*, (1962): 140-152.
- Nietzsche, Friedrich. *El nacimiento de la tragedia*. Madrid: Alianza Editorial, 2000.
- Mendiola, Víctor Manuel. *Sin cera*. México: UNAM, 2001.
- Milán, Eduardo. *Resistir: insistencias sobre el presente poético*. México: CNCA, 1994.
- Paz, Octavio. *Cuadrivio*. México: Joaquín Mortiz, 1989.
- Sánchez, Ada Aurora y Marco Jáuregui. *Terrena Cruz. Vida y obra de Agustín Santa Cruz*. México: Universidad de Colima, 1998.
- Serrano Álvarez, Pablo. *Colima en el camino de su literatura*. México: CNCA, 1989.